

# América nazi

El último refugio  
de los hombres de Hitler

Jorge Camarasa  
Carlos Basso Prieto

**AGUILAR**

## Índice

<i>Introducción</i> .....	9
CAPÍTULO 1	
<i>La fuga de Canaris</i> .....	13
CAPÍTULO 2	
<i>Experimentos al fin del mundo</i> .....	35
CAPÍTULO 3	
<i>Espías en la América nazi</i> .....	57
CAPÍTULO 4	
<i>Un puerto seguro</i> .....	81
CAPÍTULO 5	
<i>Escape al fin del mundo</i> .....	115
CAPÍTULO 6	
<i>La red</i> .....	129
CAPÍTULO 7	
<i>La caída de Eichmann</i> .....	153

CAPÍTULO 8	
<i>Vidas privadas, crímenes y negocios</i> .....	169
CAPÍTULO 9	
<i>Experimentos al fin del mundo: ¿la continuación?</i> .....	197
CAPÍTULO 10	
<i>Cuarteles</i> .....	217
CAPÍTULO 11	
<i>Los Novios de la Muerte</i> .....	247
CAPÍTULO 12	
<i>Epílogo</i> .....	271
<i>Bibliografía</i> .....	281
<i>Índice onomástico</i> .....	289

## *Introducción*

América del Sur fue una fantasía recurrente en el imaginario político y militar del nazismo.

Aun desde antes de la guerra, la existencia de una comunidad alemana asentada desde mediados del siglo XIX, consolidada, numerosa y económicamente fuerte en los países que formaban el “patio trasero” de Washington, había sido una tentación para los hombres del Tercer Reich.

Con grandes almacenes en los puertos, estancias patagónicas que daban al mar, factorías en las grandes ciudades, esa comunidad, en mayor o menor medida vinculada a los gobiernos locales, era un reservorio del que luego se echaría mano para ponerlo al servicio del proyecto nazi.

A partir de 1939, las capitales y las costas a ambos lados de los Andes serían el escenario donde actuarían redes financieras y de espionaje útiles a la guerra, y los germanos de ultramar, en buena parte, se encuadrarían rápidamente dentro de los sueños imperiales del hitlerismo.

Como consecuencia natural de esa actividad, tras la caída de Berlín, en 1945, América del Sur iba a transformarse en un puerto seguro y un lugar de

acogida amigable para los miles de nazis que conseguirían escapar de Europa.

A resguardo, lejos de sus perseguidores, empezarían a llegar en andanadas a estos países a través del puerto de Buenos Aires, y aquí se mimetizarían y empezarían a reconstruir sus vidas.

Al principio llegaban como prófugos, y de a poco se iban incorporando a la sociedad. Las empresas alemanas que habían ayudado al Reich les daban trabajo, los gobiernos amigos los recibían con protección, y los alemanes que ya estaban en América contribuían a socializarlos. Hombres que habían sido comandantes de campos de exterminio, ideólogos, administradores de la muerte, técnicos, burócratas, oficiales y científicos, iban a encontrar en el continente una tierra prometida donde poder empezar de nuevo al amparo del olvido y de la complicidad.

Algunos, con el tiempo, formarían familias, otros asesorarían a las dictaduras de turno; unos montarían empresas y se disfrazarían de buenos vecinos, y otros espiarían, matarían o violarían la ley. Todos, sin embargo, iban a formar parte de una comunidad clandestina y en sombras que duraría hasta que murieran, y esa comunidad no reconocería fronteras.

Si la Argentina había sido la gran puerta de entrada y el país que más hizo por protegerlos y darles seguridad, entre 1955 y 1960 (entre la caída de Perón y el secuestro de Eichmann), algunos de esos hombres buscarían otros rumbos. Unos se radicarían en Chile y en Bolivia, otros en Ecuador o Perú, y algunos en Paraguay, Brasil o Uruguay. La dispersión, sin embar-

go, sería más territorial que de hecho, más de forma que de fondo: se visitaban, se asociaban, se ayudaban, se prestaban contactos e influencias.

Si Buenos Aires era la capital virtual de este grupo de fugitivos, en otras ciudades del continente también se sentirían como en casa. Desde Quito, antes de establecerse en Chile, Walther Rauff tenía negocios en Punta Arenas y mandaba a sus hijos a escuelas militares de Santiago y Valparaíso; Klaus Barbie organizaba grupos paramilitares en La Paz y Santa Cruz, en Bolivia; Fritz Schwend atendía sus asuntos peruanos en Lima; Herbert Cuckurs y Franz Stangl se habían asentado en Río de Janeiro y en San Pablo; Alfons Sassen entrenaba policías en Quito; Hans Rudel recorría incansablemente el continente, y Josef Mengele alternaría domicilios entre Buenos Aires, la paraguaya Asunción y el sur de Brasil.

Algunos gobiernos se limitaban a cuidarlos, y otros los empleaban. Como habitantes *sui generis* del continente, en América del Sur se enamorarían y tendrían hijos, acudirían a la Justicia, trabajarían, invertirían dineros propios y ajenos, y alternativamente aparecerían de vez en cuando en la crónica policial y en la de sociedad.

Vivirían tranquilos.

Este libro cuenta esas vidas.

Las vincula entre sí, las recorre transversalmente, las relaciona y las va desnudando tras el velo de encubrimiento que las ocultaba. Habla de esos hombres, pero también de la base de estructuras, dineros, com-

JORGE CAMARASA - CARLOS BASSO PRIETO

plicidades, vínculos, tolerancias oficiales y afinidades múltiples que harían de América del Sur un puerto seguro para los peores asesinos del siglo XX.

Este libro, en fin, cuenta la historia de esa infamia.

*JORGE CAMARASA*  
*CARLOS BASSO*

## CAPÍTULO I

### *La fuga de Canaris*

Isla Quiriquina, Chile. Miércoles 4 de agosto de 1915. El hombre está vestido de una manera absurda: lleva un traje de domingo, impecable, y unos zapatos recién lustrados que pronto se llenarán de barro. En la puerta de la barraca de oficiales se ha despedido de su capitán, Fritz Lüdecke, y luego se ha dejado tragar por la noche. Sin hacer ruido, oculto por la oscuridad, ha sorteado el retén de marinos chilenos que custodian el edificio.

Son las tres de la madrugada y el hombre, que tiene rasgos latinos y no parece un oficial alemán, camina agachado entre los matorrales ubicados hacia el extremo sur de la pequeña isla. El viento helado le azota la cara y por momentos tiene que quedarse inmóvil, mimetizado en la negrura, para no ser visto por las patrullas de soldados que recorren la zona.

La caminata a oscuras le parece interminable, pero al fin llega hasta el último peñón rocoso donde la isla se hunde en el mar. La noche es cerrada y fría, y él busca casi a tientas, aterido, hasta encontrar el pequeño bote de madera que, sabe, le han dejado. Lo empuja hasta el agua y se sube de un salto. Dos remadas vigorosas y ya empieza a alejarse de la isla. Aunque la bruma no se las deja ver, está seguro de que las luces del puerto



de Talcahuano están allí enfrente, en algún lugar de la noche, a poco más de dos mil metros al este. Una alegría tensa, pero alegría al fin, le recorre el cuerpo entumecido y le da fuerzas para seguir remando. La aventura apenas acaba de comenzar, pero él ha conseguido escapar y está feliz.

El hombre de traje que rema en mitad de la noche es alemán. Se llama Wilhelm Canaris, tiene 27 años, y la larga fuga que acaba de iniciar aquella madrugada de agosto de 1915 marcará el comienzo de una historia que está apunto de cumplir un siglo.

Bien mirada, la historia de los nazis en América Latina empezó dieciocho años antes que el nazismo, y el hombre que le puso la primera piedra a esa construcción fue Wilhelm Canaris.

Hasta aquella helada madrugada de 1915 en que se fugó de la isla Quiriquina, su biografía tenía poco de notable. Había nacido en Aplerbeck, Westfalia, en 1887, y para 1905, pese a la oposición familiar, se había enrolado en la marina imperial alemana. El estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, lo había sorprendido a bordo del crucero *Dresden*, la nave germana más moderna de la época, donde cumplía la función de oficial de inteligencia, y se destacaba por su manejo fluido del español y el inglés.

Aunque aún no lo sabía, aquel escape desde la isla chilena iba a significar una bisagra en su carrera militar. Canaris conocía muy bien el continente desde el cual estaba comenzando a fugarse. No sólo había navegado por sus costas como guardiamarina durante su primer crucero de instrucción, sino que desde 1913, ya conver-

tido en subteniente, circundaba las aguas americanas a bordo del *Dresden*.

A fines de aquel año, el buque había sido enviado a México con una misión específica: rescatar a los diplomáticos alemanes que vivían en ese país, el cual estaba a punto de caer en manos de los revolucionarios dirigidos por Pancho Villa. La situación mexicana era extremadamente compleja, no sólo por el avance de Villa, sino también porque era el escenario en el cual los Estados Unidos y Alemania libraban una silenciosa guerra fría desde principios de siglo: ya en 1903 los alemanes habían desarrollado una serie de planes secretos para bombardear Nueva York y habían ofrecido a los mexicanos, en caso de desencadenarse esa eventual guerra, ayuda para apoderarse de Texas.

En ese contexto, los alemanes habían apoyado el ascenso al poder del presidente Victoriano Huerta, al cual debían proveer de armas. La entrega tenía que hacerse a través del carguero *Ypiranga*, que iba a sortear el bloqueo naval impuesto por Washington y llegar a Puerto México escoltado por el *Dresden*, pero cuando la operación estaba a punto de concluir, a fines de junio de 1914, Huerta fue derrocado.

Ante esa situación imprevista que modificaba todos los planes, el *Dresden* recibió la orden de evacuar no sólo a los diplomáticos alemanes, sino también al ex presidente y a su familia, a quienes debían dejar en Jamaica. Canaris, el único oficial a bordo del buque que hablaba español, había tenido que encargarse de toda la negociación. El viaje hasta Kingston no iba a ofrecer dificultades, pero ni bien dejaron al destituido Huerta y levaron anclas otra vez, el crucero recibió desde Berlín una orden terminante: debía quedar detenido en el Atlántico a la espera de instrucciones.

¿Qué había pasado? Que el 28 de junio de 1914, Mlada Bosna (Joven Bosnia), un grupo terrorista infiltrado por la inteligencia serbia, había logrado asesinar en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, y a su esposa Sofía. La chispa se encendió de inmediato y una semana después la civilizada Europa ya estaba en guerra.

Tras algunos días inmovilizado en alta mar a la espera de nuevas órdenes, el *Dresden* recibió la confirmación de que Alemania había iniciado la guerra contra Rusia, Francia, Bélgica e Inglaterra, por lo que oficialmente cualquier buque de esos países era un enemigo.

Luego de una serie de conatos de batalla y escaramuzas menores, el comandante del *Dresden*, capitán Lüdecke, recibió la orden de unirse con la flota liderada por el almirante Maximilian von Spee en la isla de Pascua, a tres mil kilómetros de la costa chilena, y se encaminó a ese punto de encuentro, adonde llegó en septiembre. Una vez reunida, la flota alemana enfiló al sur de Chile, y frente a la ciudad de Coronel se produjo la primera batalla naval de la Primera Guerra Mundial, el 1º de noviembre de 1914. En el combate, los británicos perdieron los navíos *Good Hope* y *Monmouth*, y los buques sobrevivientes emprendieron una veloz huida hacia el sur, presuntamente con destino a las islas Malvinas, seguidos de cerca por Von Spee.

Pero era una treta: los ingleses se hicieron perseguir por los alemanes hasta los meandros del estrecho de Magallanes, donde los esperaban los dos acorazados más poderosos de la flota británica, el *Invincible* y el *Inflexible*.

La inteligencia alemana se enteró de la ratonera y el cónsul en Magallanes encontró un voluntario, el alemán Albert Pagels, que partió en una pequeña lancha a buscar

a la flota del Káiser para advertirle de la situación, pero llegó tarde. El 9 de diciembre, Pagels logró avistar al *Dresden*, el único sobreviviente de la batalla ocurrida el día anterior, y comenzó a guiar al acorazado rumbo al norte, en medio de los fiordos y canales patagónicos, mientras los británicos les pisaban los talones.

El 6 de febrero de 1915 lograron por fin llegar al fiordo de Quintupeu, un protegido y profundo filón de agua verdosa situado en el golfo de Ancud. Ayudada por diversos colonos alemanes, la tripulación no sólo recibió víveres y auxilio para reparar las turbinas, sino también la visita de un abundante ramillete de damas destinadas a alegrar los espíritus de los cansados marinos.

Siete días después, el *Dresden* zarpó de nuevo, pero cuando ya estaba a mucha distancia de los canales del sur, en el archipiélago de Juan Fernández, los cruceros *Kent*, *Glasgow* y *Orama* le dieron alcance. Luego de un feroz bombardeo, Lüdecke ordenó hundir el buque, que arrastró consigo a quince marinos. Los lesionados fueron transportados por el *Orama* a Valparaíso, mientras que los buques *Esmeralda* y *Zenteno*, de la Armada chilena, derivaron a los restantes prisioneros a la isla Quiriquina, frente a Talcahuano, donde quedarían en calidad de internados, dado que Chile era un país neutral.

Allí comenzaría, para el entonces teniente Wilhelm Canaris, la fase dos de su carrera militar.

Si bien el régimen de internación de los marinos del *Dresden* era relajado, debido a que se permitía que los descendientes de alemanes de Talcahuano y Concepción los visitaran con frecuencia, y a que la Armada chilena

les concedía permisos “de honor” para que pudieran viajar por el domingo a ambas ciudades, los tripulantes del crucero no tenían posibilidades de regresar a su país, y por ello se tomó la decisión de que uno de los oficiales intentara una fuga.

Canaris era la elección obvia y quien ofrecía mayores posibilidades de éxito a la operación. No sólo era el oficial de inteligencia del barco, también hablaba en forma impecable el español y tenía rasgos latinos que le permitirían desplazarse sin llamar tanto la atención. Con el concurso de Jorge Becker, agente de la naviera Kosmos, de Talcahuano, y de los cónsules alemanes en esa ciudad y en Concepción, que a su vez se habían coordinado con su embajada en Santiago y con la legación diplomática en Buenos Aires, el mecanismo se puso en marcha.

Pese a que agosto es el mes en el cual azota con mayor fuerza el invierno en el sur de Chile, Canaris no quiso esperar a que llegara la primavera. Con sigilo, vestido con el traje formal que le habían obsequiado en las visitas de los domingos, salió aquella madrugada desde el barracón donde estaban alojados los oficiales y sorteó a los marinos chilenos que vigilaban.

Tres horas más tarde, tras remar lentamente los casi dos kilómetros que lo separaban de la península de Tumbes, llegaba al continente. En la caleta de pescadores del mismo nombre, lo esperaba, aterido, su amigo Becker, quien lo llevó hasta la quinta que ocupaba su familia en Talcahuano, donde recibió ropajes más modestos, así como un sombrero y una mochila de lona en la cual portaba varios documentos. Entre ellos había un pasaporte chileno auténtico, conseguido por agentes del Reich en la Argentina, según el cual su portador era

Reed Rosas, hijo de chileno y británica, de profesión vendedor viajero.

A la noche del día siguiente, el 5 de agosto, Canaris tomó un tren en Concepción, en el que viajó 540 kilómetros al sur, hasta llegar a Osorno. La ciudad le pareció muy alemana. Osorno había sido fundada por los españoles durante la conquista y, al igual que las poblaciones cercanas, como Valdivia y Puerto Montt, había comenzado a revivir a fines del siglo XIX, luego de que las políticas de colonización del gobierno chileno impulsaran el arribo masivo de ciudadanos alemanes, los que pronto se habían transformado en la elite de toda la zona.

En Osorno lo esperaba el cónsul alemán Karl Wiederhold, que algunos años antes había cruzado la cordillera de los Andes a caballo, hacia la Argentina, y había establecido en la antigua zona mapuche de Vuriloche, en las costas del majestuoso lago Nahuel Huapi, un asentamiento que con el tiempo se convertiría en una ciudad turística llamada San Carlos de Bariloche, donde recalarían muchos nazis después de terminada la Segunda Guerra.

Wiederhold ayudó a Canaris a esconderse por varias semanas en distintos lugares de Osorno, como la mansión de la familia Von Geyso, en la ciudad, o el fundo de la familia Eggers, situado en el camino a Puyehue, cerca de la frontera. A principios de octubre, ya despejada la nieve cordillerana, el fugitivo fue dejado por los Eggers en las cercanías de las termas de Aguas Calientes, y desde allí emprendió el viaje a caballo por las antiguas rutas que los contrabandistas usaban antaño.

Luego de varios días de travesía en medio de la espesa selva del sector, que de cuando en cuando le

dejaba ver las cumbres de los volcanes Osorno, Casablanca, Calbuco y Tronador, finalmente descendió a la precordillera, en el sector donde hoy se emplaza Villa La Angostura, y luego se encontró con la meseta patagónica en todo su esplendor. Siguiendo las instrucciones que le había entregado Wiederhold, en la punta norte del Nahuel Huapi se reunió con otro miembro de la familia Eggers, que lo esperaba con un bote en el cual siguieron hacia el sur hasta llegar finalmente a Bariloche, donde Canaris fue protegido por otros dos amigos del cónsul Wiederhold: el empresario Christian Lahusen, dueño de varias estancias en toda la costa atlántica, y el barón Luis von Bülow, dueño de una estancia llamada San Ramón.

En noviembre, por fin, pudo tomar un tren hasta la costa atlántica, y luego de abordar un barco de vapor llegó a Buenos Aires, donde la familia Von Bülow, con apoyo de la embajada alemana, lo ayudó una vez más. Desde Buenos Aires abordó otro buque hacia Europa, y luego de hacer una escala en Plymouth, Inglaterra, donde nadie sospechó de él, llegó a Holanda y desde allí regresó a Alemania.

La hazaña de su fuga causó asombro en el alto mando de la Marina, y tras ser recibido en persona por el káiser Guillermo, fue ascendido a teniente de navío. Su primer destino fue la base naval de Kiel, donde debía comandar una lancha misilística, pero al coronel Walter Nicolai, jefe del Departamento IIIB de inteligencia militar exterior, se le ocurrió que un hombre como ese no podía desperdiciarse a bordo de un barco.

Aunque tal vez no hubo en la decisión una mirada muy estratégica, fue justo en ese momento cuando Wilhelm Canaris, de 27 años, comenzaría a escribir un

capítulo premonitorio de la historia, que sentaría las bases para una futura América nazi, y no era casualidad: la América Latina que había conocido Canaris tenía un fuerte componente alemán.

De hecho, los germanos que había visto y conocido a lo largo de su fuga por la Patagonia chilena y la argentina representaban bien ese componente. En su mayoría eran nacionalistas expatriados con un firme sentido de reunión, que conservaban la matriz cultural alemana y se habían insertado en los países del Cono Sur sin mezclarse con los habitantes originarios, reivindicando para sí una actitud romántica de exploradores y pioneros.

En el caso de Chile, los primeros habían llegado en la época de la colonia, pero en cantidades insignificantes. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, cuando se decidió colonizar lo que hoy son las regiones Los Ríos y Los Lagos, en el sur de Chile, se impulsó una fuerte inmigración alemana, que a finales de ese siglo ya había implicado la llegada de unas seis mil familias (es decir, unos 25.000 hombres y mujeres) que habían empezado a instalarse en colonias a orillas del lago Llanquihue, en el lejano sur. Eran panalemanes, con una organización social endogámica, que se habían incorporado al mundo del trabajo manteniendo una identidad comunitaria y, en su mayoría, luteranos, aunque muchos de ellos abrazaron con entusiasmo el catolicismo imperante.

En la Argentina, los adelantados habían llegado con las distintas órdenes religiosas que trajeron los conquistadores, especialmente con los jesuitas y, más que pioneros, como había ocurrido en Chile, eran maestros, militares o arquitectos que al principio se instalaban en las ciudades. En 1840 sólo en Buenos Aires había 600



alemanes. Los agricultores y los obreros especializados habían llegado recién a finales del siglo XIX y se habían dispersado por el territorio, establecidos en colonias agrícolas donde se agrupaban por sus zonas de origen. En la mayoría de los casos, también eran nacionalistas expatriados, que escapaban con sus familias de las revoluciones europeas de mediados del XIX y que mantenían con su patria una distancia sólo geográfica.

En otros países la situación era similar. Entre 1824 y 1899, había 78.000 germanos en Brasil, casi 3.500 en Perú, 2.800 en Bolivia y algunos centenares repartidos entre Uruguay, Colombia y Ecuador. A diferencia del caso chileno, en estos países la mayoría eran católicos y el componente de la fe era la amalgama extra que los mantenía unidos. A veces, como en el caso de Paraguay, una religiosidad fanática era la materia basal de su identidad.

En marzo de 1886, a bordo del vapor *Uruguay*, habían llegado a Asunción catorce familias alemanas. Venían de la región de Sachsen, cerca de Dresden, y eran menonitas, un grupo religioso originado en el norte de Alemania y en los Países Bajos durante la Reforma del siglo XVI. El líder del grupo tenía 43 años y se llamaba Bernhard Förster. De joven había sido maestro y estudiado filosofía, y era un nacionalista furioso que pensaba que la salvación de Alemania dependía de un antisemitismo radical.

Förster había llegado a convencerse de que sólo se podía purificar Europa fundando una comunidad de hombres puros y perfectos en algún lugar del mundo,

y había elegido Paraguay para su intento. La idea de un lugar recóndito y alejado la había tomado de Richard Wagner y de Friedrich Nietzsche, un viejo músico y un joven filósofo. Nietzsche era su cuñado, el hermano de Elisabeth, con quien Förster se había casado, y con ella emprendería la aventura.

Hombre de ideas toscas y convicciones rígidas, no avenido a dar razones, Bernhard Förster nunca explicó por qué había elegido Paraguay para su cruzada. Se manejaba con dogmas y frases grandilocuentes. Comentando la asimilación de los alemanes en los Estados Unidos, había escrito: “Cada vez que un alemán se transforma en un yanqui, la totalidad de los humanos sufre una pérdida en su riqueza”. A poco de llegar al Paraguay como guía espiritual y geográfico de las familias que lo acompañaban, había fundado la primera colonia en San Bernardino, casi en medio de la selva, y la había llamado Nueva Germania. No quería que sus seguidores se mezclaran con las tribus casi nómades que habitaban el lugar, y les había pedido a sus colonos que valoraran su naturaleza blanca como un bien superior y que la mantuvieran y la hicieran prevalecer no sólo en ellos mismos, sino también en sus hijos.

Bernhard Förster murió, presuntamente envenenado, tres años después de haberse instalado en la selva paraguaya, y su esposa Elisabeth tomó la posta. Después de un viaje a Alemania, regresó a Paraguay en 1892 y permaneció un año en la colonia, pues las tres reglas con las que Förster había pretendido construir el paraíso empezaban a vacilar: no tomar alcohol, no comer carne y evitar todo contacto con razas inferiores para eludir cualquier peligro de contaminación.

La noticia de la muerte de su hermano Friedrich, en agosto de 1900, la sorprendió en la colonia, y en los años siguientes viajaría por temporadas a Alemania y pasaría otros largos períodos en aquella selva que finalmente empezaba a domar. Elisabeth Nietzsche vivía a caballo de dos mundos, saltando el océano entre la Europa que juzgaba decadente y desesperanzada y ese lugar salvaje que había ayudado a levantar y en el que cifraba todas sus esperanzas. El 2 de noviembre de 1933 estaba en su casa de Essen cuando el recién elegido canciller Adolf Hitler llegó a visitarla. Elisabeth le regaló el bastón que había pertenecido a su hermano el filósofo, y el *Führer* lo agradeció emocionado, pues para él no había ningún otro más que Nietzsche para sintetizar las aspiraciones y la concepción germánica de la vida. Tras el ascenso del nazismo, Hitler comenzaría a interesarse por el proyecto de Förster y los menonitas que habitaban el Paraguay, a los cuales consideraba una población aria pura, sin contaminaciones ni judíos. Más tarde emprendería una campaña para que los colonos retornaran a Alemania y ocuparan las tierras que se habían recuperado, pero la propuesta tuvo poca aceptación.

Esa era, a grandes rasgos, la América Latina alemana que Wilhelm Canaris había conocido en la primera década del siglo XX, y en las dos décadas siguientes el fenómeno se iba a radicalizar. Según un informe del Buró Federal de Investigaciones (FBI, por sus siglas en inglés), citado por una investigación especial del diario chileno *La Tercera*, hacia 1941 Brasil contaba con 360.000 alemanes o descendientes de ellos; la Argentina, con 194.000 y Chile, con 129.000. Según el mismo reporte, también había colonias importantes en

México (16.500), Uruguay (16.000), Bolivia (12.000), y Colombia y Ecuador, con 5.000 germanos en cada territorio.

Ahora bien: ¿qué había sido de Canaris entretanto?

A poco de haber llegado a Alemania, aprovechando su pasaporte chileno y su dominio del español, el oficial había sido enviado a España, donde comenzó a trabajar como espía.

Durante su permanencia en Madrid, según el periodista y ex agente de la OSS (siglas en inglés de la Oficina de Servicios Estratégicos, predecesora de la CIA) Kurt Singer, Canaris reclutó a la más famosa espía alemana de la Primera Guerra Mundial, la holandesa Margarita Gertrudis Zelle, más conocida por su nombre artístico de Mata Hari, a quien habría conocido cuando cantaba en el bar El Trocadero. Tras un fogoso romance (que no es admitido por sus biógrafos oficiales), la convenció de colaborar con el imperio alemán y, mientras él preparaba una red de abastecimiento para los submarinos alemanes en las costas españolas, la propuso para ser enviada a Francia a través de los Pirineos, aprovechando un contrato que la vampiresa había conseguido con el famoso Moulin Rouge de París. Pronto se hizo famosa en la capital francesa y los hombres influyentes acudían a su casa como moscas a la miel. Muchos militares y estadistas cayeron en sus brazos, revelándole secretos que ella remitía a Berlín utilizando el código de Agente H-21, hasta que fue capturada en octubre de 1917 por el Servicio Secreto francés y ejecutada.

Canaris estuvo hasta febrero de ese mismo año en España. Luego viajó a Italia y allí fue arrestado por un

aviso de los servicios de inteligencia franceses. Pese a que lo soltaron, volvió a ser detenido, y una vez más, logró quedar en libertad, al parecer —según el historiador Richard Bassett— por una gestión realizada por el mismísimo Vaticano, una situación que se repetiría años más tarde, aunque con otros nombres. Finalmente, logró regresar a Madrid, donde habría sido el cerebro que sugirió iniciar una guerra bacteriológica, infectando con *escherichia cholera* la frontera con Portugal, propuesta que no fue acogida. En la misma línea, habría sido él también quien propuso contaminar con ántrax las provisiones de carne que llegaban desde la Argentina a los países enemigos de Alemania.

Casi al finalizar la guerra, y habiendo ya establecido contacto con las más opulentas familias españolas, regresó a Alemania, donde se le impuso la medalla de hierro de primera clase por sus servicios en la península ibérica y se le recompensó con el mando del submarino U-34, a cargo del cual hundió una buena cantidad de buques enemigos.

Tras la capitulación alemana y las condiciones que le fueron impuestas por el Tratado de Versalles, Canaris siguió en servicio activo, pero se introdujo de lleno en la política. Se integró a los *Freikorps* que combatieron los intentos revolucionarios encabezados por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, e incluso durante mucho tiempo se le atribuyó el homicidio de este. En una muestra más de su osadía, rescató de la cárcel a uno de los implicados en el crimen. Finalmente, fue arrestado, pero tras ser juzgado por un tribunal militar, quedó exonerado de todas las acusaciones.

Para 1923 su carrera naval seguía en ascenso. Estaba a cargo del buque de instrucción *Berlín*, donde, en

medio de una nueva camada de cadetes, se encontraba un hombre que ya había caído bajo el influjo del nacionalsocialismo que estaba predicando Adolf Hitler. Se trataba de Reinhard Heydrich, quien algunos años más tarde sería determinante para el futuro de Canarias y también de uno de los más connotados criminales nazis que escaparían hacia América, Walther Rauff. Durante los años siguientes, y siempre en la Armada, Canarias participó activamente en las labores clandestinas destinadas a conseguir el rearme alemán. Viajó a Japón y España en medio de los intentos por reconstruir la antigua flota imperial, y se cree que también pudo haber recalado en Chile y la Argentina, aprovechando sus contactos.

En 1931, en la base naval de Kiel, asumió el mando del buque *Schlesien* y al año siguiente, el del *Silesia*. Ya con los nazis en el poder, en 1933, el ambiente político llegó a un punto de ebullición y, en ese marco, en septiembre de 1934, fue enviado a un puesto sin ningún brillo, una estación naval polaca. Sin embargo, Canarias no estaba dispuesto a vegetar allí y retomó el contacto con su ex cadete Heydrich, quien, luego de haber sido expulsado de la Armada por mala conducta, se había integrado de lleno al partido nazi, escalando posiciones a toda velocidad. De hecho, por esas fechas ya estaba al mando del *Sicherheitsdienst* (SD, o Servicio de Seguridad), sin que hubiera podido hacerse aún con el control de la *Abwehr*, el servicio de inteligencia exterior, dependiente del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Tras la caída en desgracia de Konrad Patzig, el anterior director de la *Abwehr*, quien no sintonizaba con Heydrich, el 1º de enero de 1935 Canarias comenzó a ocupar la oficina principal del número 74 de la calle Tirpitzufer, es decir, la jefatura de la *Abwehr*.

Pese a que Canaris no era parte del NSDAP (Partido Nacionalsozialista Obrero Alemán, más conocido como Partido Nazi), era un hombre respetado por sus hazañas y contactos, contaba con la plena confianza de Heydrich y, además, era un anticomunista ferviente.

Así, una de las primeras tareas que se impuso fue trabajar en la implementación de sistemas de espionaje en todo el mundo, pero especialmente en América Latina, para lo cual aprovechó los contactos que ya poseía en ciudades como Concepción, Osorno, Bariloche y Buenos Aires.

Y sin dudas lo logró.

Un informe secreto de la norteamericana NSA (siglas en inglés de la Agencia Nacional de Seguridad), desclasificado en 2009, señala, al respecto, que para la *Abwehr* “América Latina fue probablemente su mayor teatro de operaciones”.

En ello podía haber algo de sentimentalismo de parte del viejo almirante. Richard Bassett asegura, en su biografía de Canaris, que en una conversación que este sostuvo en 1939 con el agregado naval chileno en Alemania, Alfredo Hoffmann, le dijo: “Nunca olvidaré con qué generosidad los chilenos me prestaron su auxilio”. Sin embargo, más allá del agradecimiento que pudiera sentir, en sus cálculos geopolíticos América Latina era de una importancia suprema, no sólo por sus riquezas naturales, sino también porque Chile y la Argentina controlaban una de las principales rutas navieras del mundo, el estrecho de Magallanes, la única con que Alemania podía contar, dado el dominio norteamericano en el Canal de Panamá, que la Alemania nazi quería destruir a toda costa, además.

Pese a que Bassett argumenta que hacia 1938 Canaris ya se había dado cuenta de que estaba trabajando

para un régimen brutal y que su amigo Heydrich era un asesino despiadado (por lo que inició una serie de contactos al más alto nivel, sobre todo con los británicos, para lograr la caída del régimen), sus discursos tenían la clásica semblanza nazi y se preocupaba por hacer bien su trabajo de espionaje. De hecho, creó una de las redes de espionaje internacional más formidables de las cuales se tenga memoria. Aumentó en casi mil por ciento la dotación de la *Abwehr* e incluso implementó empresas de fachada destinadas a lavar dinero proveniente del tráfico de armas y gemas preciosas, y financiar así sus actividades clandestinas.

Canaris estructuró el trabajo en seis departamentos (*Abteilung*), más conocidos por la sigla ABT. Así, el ABT1 estaba encargado del espionaje y la inteligencia; el ABT2 (también conocido como “Defensa 2” o “Guardia 2”), del sabotaje, y el ABT3 tenía que ver con todo lo relativo a la contrainteligencia. El llamado ABTZ era la unidad encargada de la administración. Una quinta unidad, llamada *Amsgruppe Ausland* (AA), estaba encargada de las agregadurías militares en el extranjero, que, por cierto, eran el principal foco de espionaje, mientras que la única sección que no recibía la denominación de ABT o AA era la llamada División Brandenburgo, encargada de operaciones especiales.

La estructura orgánica de la *Abwehr*, además, estaba conformada por oficinas regionales llamadas *Abwehrstellen*, codificadas como AST, las que, a su vez, estaban a cargo de oficinas más pequeñas, conocidas como *Nebenstellen* (ramas), o NESTS, lo que, además, es un juego con el vocablo inglés de *nest* (nido). La AST de Hamburgo era la base principal de las comunicaciones con América Latina, incluso por sobre Berlín.



En los países neutrales, la *Abwehr* funcionaba bajo el nombre de fachada de *Kriegsorganisation* (KO, u Organización de Guerra), utilizando por lo general legaciones diplomáticas para la actuación de sus agentes, como sucedió en Chile o en la Argentina, y aprovechando una estructura que se había creado en la clandestinidad (pues cualquier cosa semejante estaba prohibida por el Tratado de Versalles) en 1930, la *Ettapen-Dienst* o *E-Dienst*.

Concebida como una red de apoyo y abastecimiento para buques alemanes en países neutrales, Canaris advirtió que, con un poco de trabajo, la *E-Dienst* podía convertirse en la columna vertebral de su nuevo sistema de espionaje y, de este modo, transmitir mensajes de todo el mundo, conocer el movimiento de los navíos, recolectar información sobre sus enemigos, etcétera.

Mientras ordenaba su tablero desde Berlín y comenzaba a ubicar, entrenar y situar a sus agentes en campos enemigos o neutrales, Canaris seguía intrigando al más alto nivel. Uno de los contactos más importantes que realizó fue la reunión que sostuvo en 1939 con Eugenio Pacelli, por entonces papa Pío XII, quien posteriormente sería clave para la fuga de cientos de nazis desde Europa a América.

Sin embargo, hacia 1942 comenzó a caer en desgracia y en febrero de 1944 le dieron el golpe final, cuando la *Abwehr* fue definitivamente subsumida por la RHSA, la Oficina Central de Seguridad del Reich, un apéndice de las SS (*Schutz Staffell*, Cuerpos de Protección) que creció como un monstruo, y que en 1939 ya había absorbido también al SD, a la *Gestapo* y a la policía criminal, siempre bajo el mando de Heydrich, quien sería asesinado en un atentado en Praga, en 1942.

Canaris fue mantenido en una suerte de arresto ficticio por cuatro meses, pero finalmente se le concedió una salida digna, como director de la Oficina de Guerra Económica, dependiente de la RHSA. Poco tiempo después se halló la excusa para eliminarlo.

El 20 de julio de 1944, el coronel Claus Schenk von Stauffenberg intentó asesinar a Hitler en su guarida de Rastenburg, sin conseguirlo. El plan, conocido como Operación Valkiria, provocó una reacción en cadena. El primero de los notables en caer por su implicancia en el magnicidio frustrado fue el mariscal de campo Erwin Rommel, el famoso “Zorro del Desierto”, quizás el mayor héroe militar de la Alemania nazi. Desde febrero de 1944, Rommel estaba a cargo del grupo B del Ejército alemán, ubicado en París. Pese a que inicialmente se opuso a asesinar a Hitler, dado que no quería convertirlo en un mártir, sino llevarlo a juicio, sus planes para atraerlo hacia Francia y arrestarlo allí no dieron resultado. Luego del desastre que significó la invasión aliada a Normandía, el 6 de junio de ese año, Rommel voló a Berlín y encaró a Hitler, urgiéndole a pedir un armisticio, pero el *Führer* se negó. El 17 de julio, tres días antes del atentado, Rommel fue seriamente herido por una bomba británica y, aunque para la fecha en que se cometió el atentado el mariscal estaba en cama, Hitler supuso que él se encontraba detrás.

No obstante, el líder máximo sabía que no podía ejecutar tan fácilmente al mayor héroe que tenía el pueblo germano, por lo cual envió a dos generales a su casa de Herrlingen con un mensaje: podía optar por suicidarse, en cuyo caso recibiría un funeral de Estado, con todos los honores, y su familia quedaría resguardada por una generosa pensión; o bien ser degradado, arrestado y

llevado a un juicio público. Rommel dijo a su familia que no tenía miedo de enfrentar una corte, pero sabía que no se le permitiría llegar vivo a testificar, por lo cual prefirió tomarse la pastilla de cianuro que le habían dejado los emisarios. La causa oficial de muerte, según se dijo en el grandioso funeral que organizó el ministro de Propaganda Joseph Goebbels, fue un “infarto masivo al miocardio”. Miles de alemanes lo lloraron.

Unos días después del atentado, el almirante Canaris fue detenido por la *Gestapo*. Además de estar en permanente sospecha, los agentes de la policía secreta tenían indicios concretos de varias actividades de traición. Estaban al corriente de contactos mantenidos con los británicos y sabían a ciencia cierta de un encuentro furtivo que Canaris había sostenido en España con el general William “Wild” Donovan, jefe máximo de la OSS, a quien propuso un plan de paz que contemplaba la muerte de Hitler, un cese de las hostilidades en el oeste y un ataque conjunto a la Unión Soviética.

Pese a que los estadounidenses no aceptaron la propuesta, en dicha reunión se encuentra la semilla de colaboración entre los servicios de inteligencia norteamericanos y los criminales nazis, que tendría su expresión más concreta en la Operación Sunrise (gracias a la cual se rindió el ejército alemán en Italia) y que, luego del cese de la guerra, se traduciría en la protección otorgada por los aliados a cientos, quizá miles, de nazis que les servían desde la perspectiva de la inteligencia militar.

Tras ser detenido, Canaris fue trasladado al cuartel de la *Gestapo* en la calle Príncipe Alberto, en Berlín, donde pidió reunirse con el líder de las SS, Heinrich Himmler, quien también, a esas alturas y pese a la evidente esquizofrenia que sufría, sabía que Hitler estaba destruyendo

Alemania. No se sabe sobre qué conversaron, pero todo parece indicar que la sobrevivencia temporal de Canaris obedeció al influjo de Himmler.

Pese a ello, el 7 de febrero de 1945 Canaris fue derivado al campo de concentración de Flossenbürg junto con otros dos arrestados, donde finalmente fue colgado el 9 de abril, sólo veinte días antes de la caída del régimen.

Lo que no iba a morir con Canaris, sin embargo, sería la formidable organización de espionaje que había creado durante la guerra y que tendría una relevancia importante aun después, a la hora de salvar lo poco que quedaba.